

# El poder cambia de manos

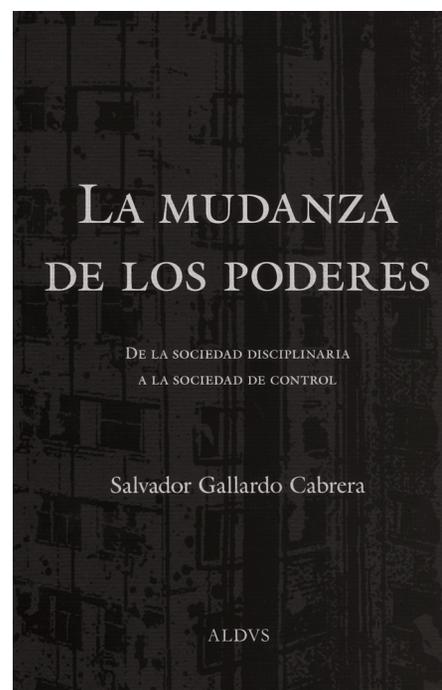
Lobsang Castañeda

A los catorce o quince años tuve mi primer encuentro con el poder. Cursaba la secundaria en un barrio bullicioso y maloliente, repleto de basura y calles sin pavimentar, y me gustaba una compañera, morena de fuego, a la que muchos años después me encontré por casualidad, tan sólo para constatar que el tiempo lo destruye todo. Dicha joven, como era natural, tenía un novio, también estudiante (y de los malos) en la misma escuela: un pequeñajo con cara de bobo y calificaciones de lo mismo por el que nadie daba nada. Su famélica complexión lo hacía incompetente para los golpes y, por ende, para defender lo que era suyo, por lo que decidí emprender el “cortejo hormiga”. Durante los siguientes días fingí sonrisas, gestos, estridencias, conocimientos e inventé hazañas deportivas poco creíbles que contaba a las otras niñas con la esperanza de que llegaran a los oídos de mi amada móvil. Convencido de mis atributos físicos, no temía un encuentro violento con el novio burlado; es más, creo que hasta lo deseaba para destacar, de una vez por todas, mi infinita superioridad y lograr así el reconocimiento de la concurrencia (que a esa edad, como se sabe, es hartamente necesario). No obstante, pronto descubriría el diámetro de mi estupidez, ya que el pequeñajo —cuyo nombre omito para que no se vaya a ofender de nuevo— hizo gala de una serie de minúsculas estrategias que hasta ese momento me eran desconocidas, con el único objetivo de preservar lo que con tantas humillaciones había conseguido. Taimado y lúcido, supo que en el enfrentamiento cara a cara jamás podría vencer y se dedicó a soltar rumores, mentiras, calumnias, infamias y burlas sobre mi persona hasta granjearse la aprobación de la clase entera y, de paso, proveerse de un ejército inexpugnable de simpatizan-

tes mofletudos e intolerantes. Sobra decir que, pocos días después de iniciados los galanteos, vigilado y reprimido, acosado por las miradas hostiles de mis condiscípulos, abandoné la misión con la cola entre las patas.

Si traigo a colación esta anécdota poco edificante es para constatar que, como bien señala Salvador Gallardo Cabrera en *La mudanza de los poderes. De la sociedad disciplinaria a la sociedad de control*, el poder no tiene ni esencia ni centro rector, sino múltiples y variopintos tentáculos. Es algo en perpetuo movimiento, que cambia de manos una y otra vez y que se acerca a todo aquello que puede encauzarlo. Se mueve de manera incesante por lugares insólitos, cubre rincones, perdura sólo gracias a las relaciones que logra establecer con aquello que no es pero que, sin embargo, le permite seguir siendo. En efecto, el poder se ejerce, es decir, exige la ejercitación y la destreza de quien se lo apropia, ya sea desde la disciplina o el control, ya sea desde el orden y la serialización que buscan imponer con relativo éxito determinados modos de conducta o desde la modulación variable que intenta acusar determinados dispositivos de mantenimiento y supervivencia. De hecho, el siglo XX ha sido pródigo en teóricos del poder que han puesto de manifiesto su movilidad o, mejor dicho, que se han conformado con otear en sus sombras. Entre ellos despuntan Ernst Jünger, Michel Foucault, William S. Burroughs, Paul Virilio y Gilles Deleuze, autores a los que Salvador Gallardo Cabrera analiza de manera rigurosa pero creativa, ensayística.

Con Ernst Jünger comienza la crónica de las transformaciones del poder, pues buena parte de su obra aborda el tema de la técnica y la aparición de la figura del Trabajador, verdadero carácter planetario que



tiene como meta el dominio total, el orden de la uniformidad y la supresión de la especificidad. Para Jünger, autor polifacético donde los haya, el Trabajador ya no es un ser falto y sufriente sino un símbolo de gran magnitud debido a que “despoja a la técnica del aura de neutralidad asociada a la narrativa del desarrollo humano”. Más aún, Jünger sabía que quien “sale” de trabajar no se aleja en realidad del mundo del trabajo sino que asume una función diferente, la de convertirse en consumidor o en receptor de información. Es decir, que más allá de sus obligaciones laborales, el Trabajador está dominado siempre por la conexión, verdadero gozne desde donde el control, como advierte Salvador Gallardo Cabrera, comienza a exhibir sus argucias y malabares.

A diferencia de Jünger, Michel Foucault piensa el poder a partir de escalas valorativas que permiten observar sus mudanzas, sus transformaciones. Sirviéndose de distintos tipos de diagramas, Foucault da cuenta de las sociedades disciplinarias y de todos aquellos mecanismos que, de una u otra manera, regulan las costumbres, los hábitos y las prácticas productivas de los hombres. Pero si algo le debemos a Foucault es la certeza de que “las tecnologías de poder no son inmóviles, no son estructuras rígidas que apunten a inmovilizar procesos vivientes gracias a su propia inmovilidad” y, por ende, que lo único que verdaderamente cambia cuando se pasa de la disciplina al control

son los sistemas de correlación, es decir, la magnitud de los mecanismos de poder. En efecto, si por un lado la disciplina se ocupaba del cuerpo y de su distribución espacial (su separación, su segregación, su aislamiento), el control tiene que ver más con el biopoder y las biopolíticas, es decir, con la modulación masiva (y no necesariamente violenta) de las subjetividades. Como bien expone Salvador Gallardo Cabrera, mientras que la disciplina individualiza, el control masifica, mientras que la disciplina puede ser vista como una especie de anatomopolítica del cuerpo humano, el biopoder del control puede ser visto como una tecnología regularizadora y globalizadora que difumina la individualidad, que la sepulta, que la entierra.

Uno de los capítulos más estimulantes de *La mudanza de los poderes* es, sin duda, el dedicado a William Burroughs y sus estrategias de escritura, mismas que son analizadas por Salvador Gallardo Cabrera —cuya trayectoria como poeta cobra aquí una relevancia importante— como contrapruebas del control. En efecto, mediante desmantelamientos, desmontajes, dobleces, mezclas y cortes Burroughs logró “estrangular las formas narrativas tradicionales y hacer estallar la autoridad del canon literario”. Quebrando todo tipo de asociaciones (elementos imprescindibles para el despliegue del control), Burroughs consiguió penetrar y crear interferencias en las estructuras sintácticas del lenguaje. Procedimientos como el *cut-up* y el *fold-in* interrumpen las líneas de control, producen virus, infecciones y miasmas que hacen frente a la uniformidad global del entorno que se nos impone. Es decir, “la crítica del lenguaje de Burroughs se centra en la comunicación y la información, en el lenguaje del control”, sostiene Salvador Gallardo Cabrera. Así, pues, en obras como *The Soft Machine*, *The Ticket that Exploded* y *Nova Express*, Burroughs pudo dar cuenta del poder por medio de las fisuras, dislocaciones, mezclas y manipulaciones de uno de sus elementos más incondicionales: la palabra.

Con Paul Virilio el poder vuelve a cambiar de manos. Anclando sus reflexiones en la velocidad —y en sus tres revoluciones: la de los transportes, la de las transmisiones y la de los trasplantes o “fagocitosis

de las prótesis” —, Virilio señala las repercusiones del control en la vida cotidiana, en la vida de todos los días. Hoy en día la velocidad se ha convertido en el poder mismo y la trayectoria en “un estrato de incorporación conceptual donde las continuidades históricas están siempre atravesadas por efectos de mutación”. Al liberarse la velocidad de los trayectos el poder consiguió contraer las distancias, relativizar los territorios y comprimir el tiempo y el espacio. Según Virilio esto nos hace vivir en una época que podríamos llamar “de los sedentarios del movimiento absoluto”. Pero sedentarios no porque no salgamos de casa sino porque en cualquier parte nos sentimos como en ella gracias a nuestras computadoras portátiles, teléfonos móviles, etcétera. En efecto, para saber qué tiempo hace ya no abrimos la ventana sino que encendemos el televisor o navegamos por Internet (nos entregamos a la vitrina electrónica) buscando el dato, la medida, lo cual nos indica que, “mientras más aumenta la velocidad del movimiento, más absoluto se vuelve el control”. Con extrema lucidez Salvador Gallardo Cabrera apuntala las ideas de Virilio de la siguiente manera:

No sólo los trayectos se han contraído, los cuerpos están en proceso de disolución. El cuerpo territorial reducido al tiempo de la velocidad de emisión de las ondas electromagnéticas. El cuerpo social en desintegración progresiva en el medio concentrador de la ciudad. El cuerpo animal en ruta de obsolescencia por la invasión de las tecnologías transgénicas y el *design* de la biología, la medicina genética, la biomecánica nano, la robótica y la biocibernética, empujando una remodelación que apunta más allá del *body building*, de la cirugía estética, de la dietética anabólica.

En muchos de sus textos Gilles Deleuze ha reflexionado sobre los mecanismos de la sociedad de control. Heredero de Burroughs, concibe la filosofía como una fuerza creativa, inventiva, capaz de nombrar lo que antes no tenía nombre y capaz de crear siempre nuevos conceptos. Para Deleuze la sociedad de control ya está aquí, no viene sino que ya llegó. Su lógica atravesada tres zonas de intensidad continua: la

zona de sus medios operativos que se contraponen a los medios disciplinarios, la zona de fragmentación del capitalismo de superproducción y la zona que tiene que ver con la genealogía de las máquinas como expresión de las formaciones sociales. En última instancia, dichas zonas hacen patente “la instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen de dominación”. Dominación que, a su vez, se vuelve inmediata y directa gracias a los medios masivos de comunicación como la televisión. Al final del túnel, sin embargo, Deleuze —y con él Salvador Gallardo Cabrera— nos ofrece un poco de esperanza al sostener que el acto de creación puede devenir acto de resistencia frente a los mecanismos de control. En efecto, mediante la creación podemos invocar la vida y combatir la dominación total. Sólo porque los poderes también yerran es posible hallar en sus traspiés diversas formas de rebeldía y desobediencia. Si ya Virilio había destacado la importancia de la información como punta de lanza del poder, Deleuze logra advertir el peso de la contrainformación como fenómeno creativo de interacción humana que va más allá de la mera comunicación.

*La mudanza de los poderes. De la sociedad disciplinaria a la sociedad de control* de Salvador Gallardo Cabrera es, pues, un estudio imprescindible para comprender las mutaciones del poder y una excelente introducción al pensamiento de cinco autores que es necesario conocer. Con un estilo repleto de guiños líricos, el autor nos va llevando de salto en salto, de mano en mano, por uno de los derroteros más importantes de la filosofía política del siglo pasado. Luego de leer estas páginas uno puede estar seguro de que todo aquello que se piensa está anclado de manera inevitable en la cruda realidad. Como todo lo digno de ser pensado, el poder está repleto de estrategias y vehículos que lo proyectan en el presente y, más aún, que lo perfilan hacia el futuro. Dependiente perpetuo de sus vínculos y relaciones —como aquel estudiante del que hablaba al principio—, se reproduce siempre de manera inquietante y dinámica. ■

Salvador Gallardo Cabrera, *La mudanza de los poderes. De la sociedad disciplinaria a la sociedad de control*, Aldus, México, 2011, 124 pp.